
TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

Lluís DUCH, *El exilio de Dios*, Barcelona: Fragmenta Editorial, 2017, 92 pp., 11 x 18, ISBN 978-84-15518-71-6.

Este breve ensayo afronta una cuestión de sumo interés hoy día. El tema se aborda en tres pasos sucesivos: una constatación del objeto del estudio (la «crisis de Dios» en nuestros días), una valoración de las consecuencias del olvido de Dios (el retorno de las gnosis), y una presentación de propuesta a modo de conclusión (lo imprescindible cristiano).

Dice Duch que vivimos en un tiempo de olvido de Dios y, al mismo tiempo, de aumento de la religiosidad. La razón, dice, es la crisis de la imagen de Dios de la tradición judeocristiana, que ha dejado un vacío que a menudo se intenta llenar con el propio yo, acabando así en una especie de *autodeificación*. En su análisis, Duch habla de una ruptura de la memoria religiosa, tanto individual como colectiva: una *desmemorización* y *destradicionalización*. Opina el autor que las causas de este olvido de Dios es que la imagen que de Él se transmitía era una imagen «petrificada», ofrecida por un entorno «oficial» y con una mediación sacramental y moral que ya no es significativa para el mundo cultural en el que vivimos. Este mundo, dice el autor, ya no está tan marcado por la secularización como por una globalización centrada en lo económico, en la que los parámetros nucleares son el individualismo y la autonomía. Opina Duch que toda transmisión de

la imagen de Dios debe ser «re-creación», esto es, debe hacer presente, aquí y ahora, a un Dios vivo, universal e imperecedero, pero que se expresa en cada tiempo con lo particular. En su opinión, una «mala» memoria, pasiva, conmemorativa, es perniciosa (p. 33). Así, dice Duch, la tradición definida por los parámetros de Occidente, marcada por una idea patriarcal que «legitima abusos» y que niega lo femenino en la imagen de Dios (p. 39), y por el capitalismo (una religión y una imagen de Dios al servicio del poder), que origina una perversión del deseo sobre el amor y las providencias, ha sido rechazada en masa, de un modo particular por las mujeres.

En este contexto, cada vez más personas, dice Duch, cambian la imagen normativa de Dios (definida por el binomio dogma-heresía), por una religión a la carta, cuyo destinatario es el ser humano en sus emociones: un esoterismo sin ética, un desinterés por la historia (estamos en una sociedad *anti-escatológica*). Se trata, opina el autor, de un regreso de la gnosis, aunque con unas características propias del mundo cultural en el que vivimos. En su opinión, el gnosticismo aparece y reaparece en épocas de desencanto, de incertidumbre y de desarticulación social. Entonces, por desconfianza ante lo que se le ofrece, la persona busca dentro de sí la salvación: se trata

de una *auto-sotería*, que, navegando por lo profundo del yo, desligada de una historia y de un sistema, intenta sacar lo que de divino tiene uno dentro (recordando lo celeste), desprendiéndose de lo mundano, fruto de la caída, y que es lo que aliena y hace que nos olvidemos de nuestro auténtico sentido.

Dice Duch que la presentación siempre actual de la imagen Dios, que necesariamente debe ofrecerse con mediaciones (Dios es *impalabable*), a través de signos, pasa por un «imprescindible cristiano», que él denomina «la cura del otro». Se trata de un elemento estructural pero concretado en cada momento en cada rostro: ese otro es tanto Dios como los rostros de las personas concretas que tenemos delante. Se trata de un «otro» definido no por su esencia sino por su concreción presente, por sus circunstancias. Dice Duch que todo signo (icono) con el que representar a Dios siempre puede ser convertido en ídolo, y que por eso hay que buscar algo que sea permanente pero que se realiza de una forma concreta en cada momento: los rostros de las personas son una gramática comprensible para expresar la imagen de Dios, una gramática no circunscrita a una cultura o a unos intereses concretos. «Hay una memoria de Dios que, para expresarla de algún modo, es como la “música sin palabras”, la cual, ignorando e incluso negando la gramática de la oralidad, de la proposicionalidad y de lo ortodoxo de las religiones, recuerda, hace presente y honora en una atmósfera musical beneficiosa y pacificadora el rostro del prójimo, se aproxima a él, se ocupa y preocupa de él, mediante la gramática del amor que es, propiamente, la verdadera y universal gramática compartida por Dios y por todos los seres humanos; es, en resumen, la gramática de la fraternidad universal, que posee la posibilidad de *empalabrar* en un mismo movimiento al único Padre de todos los seres humanos y a todos ellos» (p. 91).

Las reflexiones de Duch abordan cómo hacer para que las personas de cada momento se encuentren con una imagen de Dios significativa. Éste es ciertamente un reto, en un mundo con una cultura tan «marcadamente indefinida», en el que hay una gran desconfianza ante lo institucional y una gran exaltación de la autonomía. La reflexión de Duch es por tanto pertinente, y proponiendo algo tan central como es la caridad, que se puede llamar de muchas formas, entiendo que afirma la existencia de algunas disyuntivas que no son tales. La referencia de una imagen de Dios a una tradición concreta no necesariamente la hace irrelevante para otros tiempos y entornos culturales. Si Dios ha querido revelarse en un entorno concreto es porque éste es capaz de ser *humus* sobre el que las demás culturas aporten para que la imagen de Dios sea cada vez más profunda y significativa para un mayor número de personas. Al mismo tiempo, que se afirme que Dios es Dios de un pueblo, no significa rechazo de los otros pueblos: la clave es una comprensión más profunda de por qué Dios ha querido manifestarse (a todos, a través de unos) de esa forma, y qué es (quién es) en último término ese pueblo. Algo parecido se podría decir sobre la sociedad patriarcal del pueblo judío: si en ese entorno Dios se ha revelado como padre es porque eso significa algo, que va más allá de nuestro identificar patriarcalismo con machismo. Y es en eso en lo que debemos profundizar. Evidentemente donde hay amor, está Dios. Y aunque a Dios no le hemos visto cara a cara, sí hemos visto en Cristo su rostro, pues es la imagen del Dios invisible, y siempre que amemos al otro como Cristo ha amado contribuiremos a que la imagen de Dios resplandezca allá donde estemos. He aquí el permanente reto no sólo de llamarnos cristianos sino de intentar realmente ser cristianos. Institucionalidad, mediación sacramental, metafísica o teología, no se pueden identificar

con «secuestro» de una imagen por un beneficio inconfesable o por poder; se trata más bien de una ayuda para que, en unos entornos siempre cambiantes, permanezca lo esencial de una imagen que, si desapare-

ciera, cerraría las puertas al conocimiento y la comunión con ese Dios vivo, a cuya imagen todos hemos sido creados.

Juan Luis CABALLERO

Alberta Maria PUTTI, *Il difficile recupero dello Spirito: percorsi e luoghi teologici della Pneumatologia nella tradizione latina del secondo millennio*, Roma: Gregorian & Biblical Press («Tesi Gregoriana. Serie Teologia», 224), 2016, 492 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-7839-348-6.

La autora es profesora de teología dogmática en varias instituciones académicas de Italia, y en la Univ. Pont. Gregoriana de Roma. El libro recoge su investigación para la consecución del doctorado en esta Universidad, dirigida por el prof. Dario Vitali. El objeto de la investigación es el desarrollo de la pneumatología en la teología latina del segundo milenio.

Para ello se propone analizar desde el punto de vista histórico-teológico los momentos significativos y las causas que han concurrido en la teología latina para que se le haya atribuido un «déficit» pneumatológico, tópico que se reitera principalmente en relación con la teología oriental. La autora reconoce que el segundo milenio, en efecto, prestó una atención sólo parcial a la Persona del Espíritu Santo, hasta su recuperación en el siglo XX. Las causas, a su juicio, se encuentran en la fragmentación de los tratados teológicos, y en una aproximación marginal a las cuestiones relativas a la pneumatología en cada uno de los tratados. No obstante este juicio, la autora ilustra que la presencia de la Tercera Persona se ha mantenido con continuidad en los textos espirituales del segundo milenio, evitando de ese modo su olvido en la teología. En realidad, el problema de fondo han sido el siguiente: si todo nos ha sido merecido por Cristo, ¿cuál es entonces el

papel salvífico del Espíritu Santo en el devenir de la historia? No extraña que, en términos de «trinidad económica», la misión del Espíritu Santo haya sido habitualmente relegada a un lugar periférico. A esto hay que sumar las sospechas suscitadas por movimientos heterodoxos que apelaban al Espíritu. La investigación pone de relieve, en consecuencia, los motivos históricos y teológicos que han determinado ciertos «silencios» a lo largo de los siglos.

La autora organiza su investigación en tres capítulos cuyo título quiere sintetizar la tendencia de cada momento histórico. El primer capítulo: «De la *Ecclesia* esposa a la *Ecclesia* espiritual», analiza el periodo comprendido entre la alta edad media hasta la Escolástica; aquí comparecen las discusiones sobre el *Filioque*, la teología espiritual del monacato, la figura de Joaquín de Fiore, el pensamiento de san Buenaventura y de santo Tomás de Aquino. El segundo capítulo: «De la *Ecclesia* espiritual a la *Ecclesia* carnal», revisa el periodo posterior de los movimientos espirituales y pauperistas (*fraticelli*, beginas, etc.), la reforma protestante y el concilio de Trento. El capítulo tercero: «De la *Societas perfecta* a la *Ecclesia de Trinitate*», trata del Catecismo Romano, de la teología postridentina, la cuestión de *auxiliis*, la aportación de los autores espirituales (san Ignacio, santa Teresa, etc.), has-